

CRONICA DE CUATRO MESES QUE PASARAN
AL CATALOGO DE NOCHES TRISTES
DE LA METAFISICA DIFERENCIAL ESPAÑOLA

EL 98 DEL DEPORTE ESPAÑOL

CUANDO don Juan Antonio Samaranch volvía de los Juegos del Mediterráneo de 1967, pronunció una frase que hizo época: «Camblo todas las medallas que hemos ganado por una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de México». «Ya tenemos frase», pensé yo, en la advertencia de que en este país las mejores carreras políticas se inician con una frase. Por ejemplo, el señor Maura dijo aquello de «La revolución, desde arriba», y tuvimos político e ideología para rato. Cualquier político en ciernes sabe que su carrera puede nacer de una frase. Por ejemplo, el señor Sebastián Auger, uno de los dos o tres lord Thompson con que cuenta el país, ya ha encontrado una afortunadísima: «En economía hay que ser revolucionario; en cultura, audaz, y en política, prudente». Con frases mucho peores que ésta han empezado su ascensión al poder más de tres y más de cuatro directores generales.

A lo que iba. Después de la frase de Samaranch vi muy encarrilado el porvenir deportivo del país y el porvenir personal de Samaranch. Ambas cosas han pasado por alternativas dramáticas, y en estos momentos, a pesar de los pesares, dentro de lo perdido, el señor Samaranch es diputado a Cortes y miembro permanente de España en el COI (Comité Olímpico Internacional). En cambio, el deporte español ha ido de mal en peor. Pese a todo, algo hemos mejorado, aunque sea en el tangencial campo cultural. La influencia de Goethe sobre los directivos del deporte español aumenta día a día. Cualquier directivo, en otros tiempos montaraz y práctico, sabe decir hoy día: «De la cantidad nace la cualidad, y apenas si tenemos practicantes de las distintas clases de deportes».

Claro que es un planteamiento dialéctico insuficiente, porque se queda en el puro término de la idealidad. Prescinde de una serie de condicionamientos materiales. ¿Cómo va a hacer deporte el obrero, rodeado por todas partes menos por una de horas extraordinarias? ¿Cómo va a hacer deporte el heroico pluriempleado de la pequeña burguesía? ¿Entre las seis horas de burócrata y el cobro de recibos del Seguro de Entierro?

Y en otras capas sociales, estamentos o peldaños no mejoran mucho las cosas. En un sinfín de colegios de precio prohibitivo, el único deporte que se hace es correr detrás del condiscípulo que te ha lanzado un paquete de pica-pica al rostro o correr delante o detrás de las chicas del colegio de monjas vecino. Aunque correr siempre es un ejercicio sano. Incluso andar. Con razón el señor Samaranch, al preguntársele qué deporte estaba al alcance de la clase obrera del país, contestó: «Caminar. Es muy sano».

El caso Esteva

Ya en los prolegómenos de los Campeonatos de Europa de Natación de 1970, los dimes y diretes del asunto Esteva demostraron la neurótica relación que determinada política informativo-deportiva creaba entre el público y nuestras figuras. Esteva participó en las jornadas preolímpicas de Zaragoza y fue abuchado porque no batió records. Exactamente igual que se abuchea a Velázquez cuando no pasa bien o a Rexach cuando considera que la distancia más corta entre él y la pelota no es la línea recta.

Días después, Esteva batía records y ganaba medallas en los Campeonatos de Europa. Pero el caso Esteva no había quedado liquidado. Los políticos del deporte y determinados

planteamientos informativos mantenían una relación con Esteva similar a la de los pueblos serranos con el muchacho que va a la capital a estudiar gracias a una colecta pública. Si sale mal en los estudios, lo mejor que puede hacer es no volver al pueblo.

Para una economía agraria, la compra de un burro es una operación de vida o muerte, y si el burro no puede o sale señorito, se inicia la decadencia de una casta de hidalgos. Esta brutal rentabilidad pesa cotidianamente sobre el deportista español encumbrado. El único convencido por el «slogan» de que lo importante es competir fue el barón de Coubertin.

Tampoco se cultiva el deporte como un instrumento de higiene social, de progreso físico e intelectual

del ciudadano. El deporte se plantea como un medio de masas, como un **mass media** cuya finalidad inmediata y exclusiva es el control de las masas en torno a un espíritu competitivo y a unos ídolos que lo encarnan.

Dentro de este contexto, España fue a la Copa Europea de Natación por Naciones y tuvo un discreto papel por distintas causas. Un nerviosismo extradeportivo se apoderó de nadadores y directivos, y apareció la guerra submarina entre Esteva y la Federación Española de Natación, amenizada con música patriótica y con los cañonazos de fondo de Agustina de Aragón. Pero no sólo de Agustina de Aragón: el señor marqués de la Florida, educado sin duda en aquellos textos didácticos finiseculares, se despachó a su gusto con el padre de Esteva y le advirtió: «Ese chico le dará a usted muchos disgustos».

De padre a padre, paternalmente, el paternalismo no era la mejor solución para poner las cosas en su sitio. ¿Cuál es el sitio de las cosas? España es una nación del montón en natación. Cuando una de sus figuras alcanza un cierto nivel internacional, el papel de España sube porque se pluriemplea a esa figura en especialidades, en rentabilidad, en responsabilidad extradeportiva. Y de los éxitos de esa figura se derivan los éxitos de los políticos del deporte.

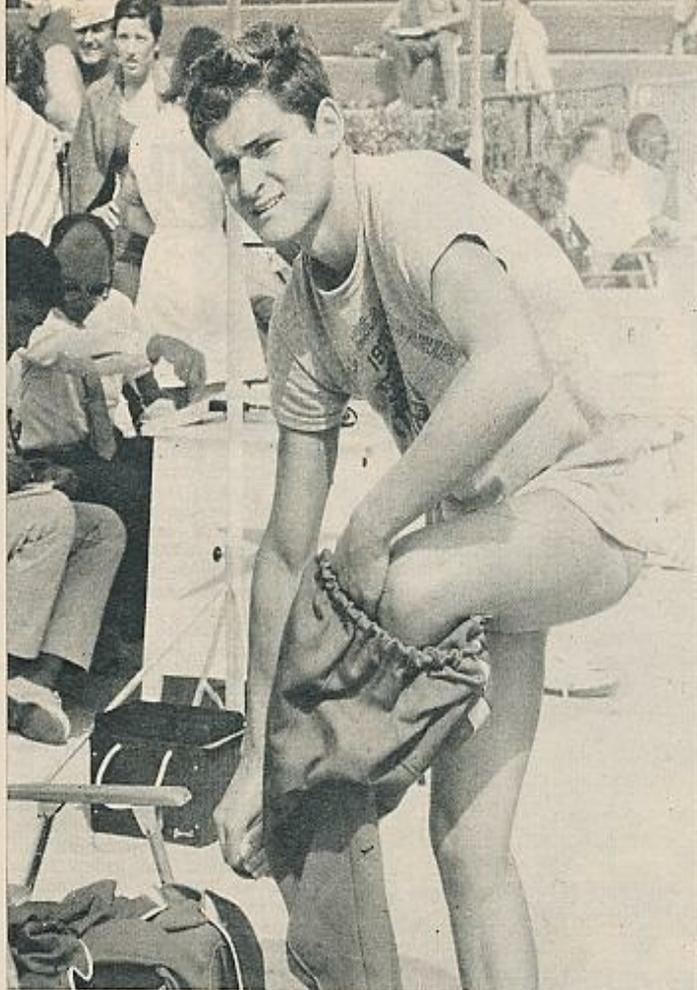
Los acuerdos España-Estados Unidos y el baloncesto

Otro factor condicionante del clima de catástrofe noventayochista que orla nuestro deporte fue el mediocre papel que nuestra selección nacional desarrolló en los Campeonatos de Europa de Baloncesto, de Essen. De hecho se pasó de un quinto lugar en la edición anterior a un séptimo en la presente. Pero bastó ver la serie de partidos para que bajara un buen número de grados la fiebre del triunfalismo que había aupado determinados titulares a la prensa especializada. «A por el tercer lugar», fue un titular abundante.

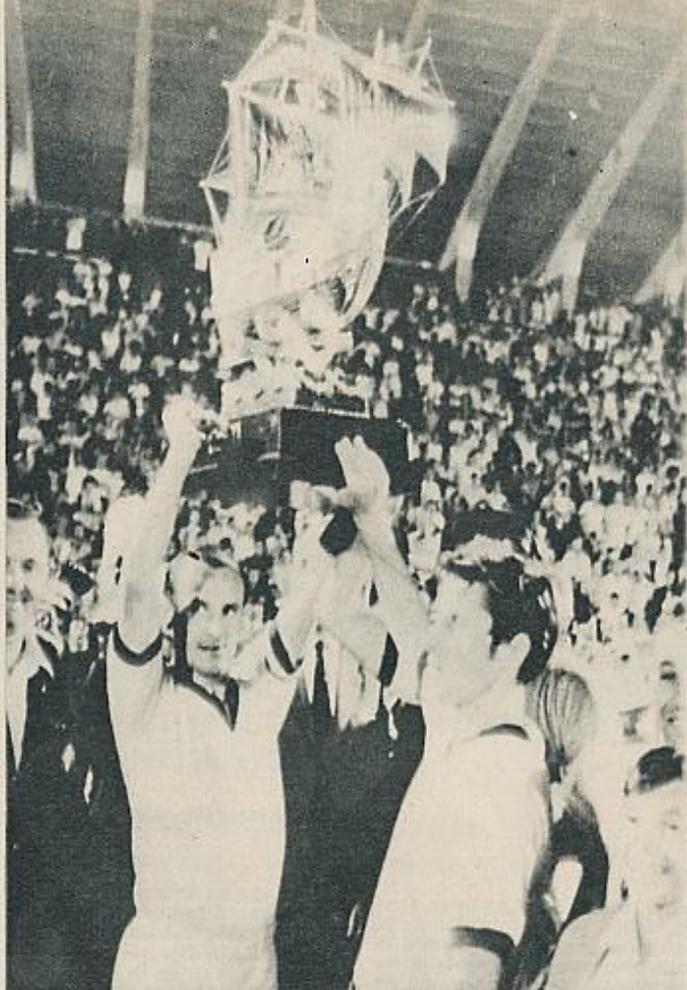
Curiosas satisfacciones nacionales nos ha preportado el baloncesto: los triunfos del Real Madrid como club, con una alineación base de tres norteamericanos o ex norteamericanos sobre un total de cinco jugadores: Luyk, Brabenderg o Aiken, Luyk, Brabenderg o Signorelli. Sin duda es defendible el principio de que el hombre ha de ser libre para encontrar trabajo donde lo haya, y en este sentido, bien venidos no seis jugadores norteamericanos, sino quinientos o siete mil jugadores australia-

Luyk: ¿Qué quedaría del baloncesto español sin él y sus compañeros importados?





Esteva: «Ese chico le dará a usted muchos disgustos».



Trofeo Colombino: Primeras brumas del 98 futbolístico.

LUIS DAVILA

nos. Cuando la cosa es más discutible es cuando de esa inyección ultrahispánica se deriva un triunfalismo hecho a nuestra desmesura.

La selección nacional ha obtenido sus mejores clasificaciones con el concurso de Luyk y Brabenderg. En fútbol, la proporción equivalente sería la alineación siguiente:

Iribar

Sol Chesternev Gallego Facchetti
Pirri Bobby Charlton

Amanció Claramunt Müller Tostao

La única condición nacional y ética indispensable sería intercambiar fragmentos del de las Naciones Unidas en la previa audición de los himnos nacionales.

En baloncesto, la misteriosa influencia de los acuerdos España-Estados Unidos ha sido mucho más determinante que en Obras Públicas. Y a pesar de todo hemos pactado con el encantamiento de un baloncesto español falsamente pujante. En Essen, Luyk estaba preocupado y Brabenderg con colitis. Y a estos elementos, que hundieron las naves, unimos que Emiliano y Buscató estaban de treinta y tres años confesos; las causas del desencanto están claras.

¿Qué quedaría del baloncesto español sin Luyk, Brabenderg, Carmichael, Thomas, etcétera?

Quedaría una evaluación real de nuestro nivel. No es que se haya de

cerrar fronteras. Bien venidos sean los jugadores extranjeros, como bien venidos sean los trabajadores norteafricanos. Siempre y cuando los unos o los otros no sirvan para elevar la temperatura de los termómetros nacionalistas o elevar las curvas estadísticas fuera del cuadrado.

«Abrir fronteras y cerrar bocas». He aquí una frase que regalo a cualquier político deportivo bienintencionado.

Del balonvolea junior al caso Santana

Otra oportunidad de enmienda fue el Campeonato de Europa de Voleibol Junior, que se desarrolló en Barcelona. La prensa especializada tituló: «Puede saltar la sorpresa». No saltó la sorpresa. Incomprendiblemente, no saltó la sorpresa, y el equipo tuvo una discreta clasificación, discreta y lógica. Un deporte que hasta hace unos años sólo era practicado por los bomberos y los chicos de casa bien en el agosto playero, ¿cómo iba a dar resultados sorprendentes de la noche a la mañana?

Por las mismas fechas, el Campeonato de Europa de Atletismo. Nuevas decepciones. Alvarez Salgado, que es el único atleta español por

encima de la más absoluta y comprensible mediana, hizo un papel notable, y se acabó. ¿Qué se podía esperar? En los países ligeramente pobres o insuficientemente ricos, como España, los únicos deportes que tienen practicantes en abundancia son los que pueden dar dinero y relevancia social de la noche al día. Los países pobres son los que suministran más cantidad de deportistas y trabajadores a los deportes y a los oficios más duros. Por eso España y Grecia son tierras nutridoras de marineros. Por eso España es tierra de ciclistas, toreros y peonaje.

El atletismo, como la natación, nunca proporciona dinero directamente y ni siquiera una importante relevancia social. Una buena parte de los futbolistas jubilados se defienden con una tiendecita, una representación o cuatro apaños, hijos del dinero o la fama de otros tiempos. ¿Qué se ha hecho de nuestros mejores atletas de estos últimos cuarenta años si no eran universitarios o hijos de buena familia? No, la sorpresa sería que de la noche a la mañana surgieran precisamente promociones pujantes en atletismo o natación. La educación física escolar se queda en el terreno de los buenos propósitos. A la hora de la verdad, sólo internados privados muy caros o colegios religiosos pueden garantizar la educación deportiva de su alumnado. En la inmen-

sa mayoría de colegios españoles se hace gimnasia en un pasillo o en un metro cuadrado de patio y sin instalaciones para ducharse.

¿Qué horizonte deportivo puede tener el español medio como no sea el ir a pie? Y es natural que rechace el único cauce deportivo que le han dejado, porque tras muchos siglos de ir a pie, a un 40 por 100 del país le es posible ir en coche. El juguete de cuatro ruedas ha prestado innumerables servicios políticos a los políticos y psiquiátricos, a la pequeña burguesía. No hay que tentar al diablo. Si se pide que el ciudadano medio haga deporte, es decir, vaya a pie, camine, ¿se le proporciona un peligroso contacto con la realidad?

Sería más aconsejable renunciar al verbalismo de las macropolíticas deportivas y gastarse la pólvora en dos «slogans» suficientes: «Vaya al fútbol y vea la televisión».

Las consolaciones

Confieso que cuando ya tenía este reportaje trabado se produjeron de pronto una serie de hechos deportivos sintomáticos de la reactivación. Vicens Vives sostenía que después de la generación del 98 había que hablar de una generación del 1902, mucho más optimista, po-

EL 98 DEL DEPORTE ESPAÑOL

Se están hundiendo las naves deportivas del país en la evidencia del decorado de cartón, y ciertos santones utilizan el caso Santana para hacer metafísica diferencial. Según el Reglamento, Santana era sancionable por no participar en el Campeonato de España de Tenis. Ya lo era, lo es y lo seguirá siendo por participar en los torneos internacionales que le vienen en gana y, sin embargo, haberse retirado del equipo español de la Copa Davis.

No es menos indudable que a Santana se le debe una larga lista de servicios prestados. Si la Federación correspondiente decide sancionarle con un mes de suspensión, ya casi en la calle el indulto del 1 de octubre, que dejaba inutilizada la sanción, bastaba haber considerado el asunto como un hecho de política interior deportiva afecta a la Federación Nacional de Tenis. Pero no. Al parecer, Santana era otro de los mitos intocables e invisibles, como las minas subterráneas, que estallan cuando uno menos se lo espera. El banquete de homenaje a Santana se ha politizado y se ha regionalizado.

Para los patricios centrales de todo lo habido y por haber, Santana era una posición bélica a defender. Para los patricios catalanes del tenis y de algunas cosas habidas y por haber, inmediatamente Santana se convertía en un enemigo del arancel proteccionista. Los sesos del país, a raquetazos con la red del Ebro, por tantos motivos históricos.

Nada ha tenido que ver el deporte con el «affaire» Santana. Y ya podríamos empezar a sospechar que nada tiene que ver con deporte el aire acondicionado con el que se gestan los triunfalismos y los desencantos. ■ L. D.



Santana: ¿Un «affaire» Dreyfus?

sitiva, activa: Pérez de Ayala, Ortega, D'Ors, Marañón, por ejemplo. «Estás en presencia del espíritu de mil novecientos dos después de haber pasado por el espíritu del noventa y ocho», me dije al ver cómo después de tantos desencantos y catástrofes, en el plazo de cuarenta y ocho horas, España obtenía el subcampeonato de la Copa del Mundo de Hockey sobre Hierba, Orantes vencía en el II Torneo Open de España, Ocaña triunfaba en el Criterium de las Naciones, contra reloj, con la lamentable ausencia de Merckx.

Confiaba entonces en que el resultado del España-URSS de fútbol ayudara a disipar definitivamente las brumas del 98 deportivo español. No bastaban los kilos de medallas devaluadas que España había obtenido en los Juegos del Mediterráneo. Las únicas medallas realmente meritorias, porque se obtenían en lucha con una superpotencia, eran las ciclistas. Las demás eran simples consolaciones ante naciones deportivamente entre la mediocridad y la inexistencia.

Pero no cayó la breva sevillana y afronto la evidencia de que tan ridículo era el clima de noventa y ocho como el de la reactivación orteguiana. El desencanto estaba condicionado por la magia triunfalista súbitamente cuestionada. Los ánimos recobrados no eran otra cosa que ganas de volver a las andadas. La realidad de nuestro deporte no está en nuestras excepciones, sino en nuestras reglas. Y las reglas presentes se basan en una fundamental: la separación que hay entre el pueblo y el deporte en la dimensión de la práctica.

En hockey sobre hierba destacamos porque es un deporte minoritario que sólo afecta a los hijos de familias patriciales de Barcelona y Tarrasa, con tiempo y ganas para practicarlo. Nuestros éxitos en tenis nacen de la excepción y la rabia vindicativa de niños ex recoge pelotas, que en cada raquetazo rubrican su deseo a sobrevivir en un mundo que han visto ya en la infancia desde los bordes del terreno y las reglas del juego. Los triunfos de Ocaña no sería honesto «nacionalizarlos» totalmente, como no es ho-

nesto que los franceses intenten anquilizar al conquesse.

Parece imprescindible la búsqueda de una medida real para todo lo que se haga y diga en España. Aquí se habla demasiado alto en los bares y se alardea demasiado alto en las calles mayores y en las alcobas. Política deportiva no quiere decir vivir del engorde de un mito, sino crear infraestructura real para que el deporte sea un medio de mejoría colectiva. Y de esa mejoría colectiva, ¡viva Goethe!, ya saldrán figuras internacionalizables en su momento.

Pero, ¿cómo se va a llegar a esta serenidad de conducta si utilizamos a las escasas figuras deportivas ciertas como puntos de referencia ab-

solutos para la constante broma de la Metafísica Diferencial?

El «affaire» Dreyfus español: el caso Santana

Es de lamentar que se haya tratado de convertir a Santana en un centauro compuesto por Isabel la Católica y monsieur Dreyfus. A Santana se le ha utilizado para que pida el voto a los españoles y mantener una determinada interpretación de la Historia de España, que nace y apenas vive a partir de Isabel la Católica.

Angel Nieto, campeón en el circuito del Jarama: Una excepción del 98.

